



**MURO DE
ESCUIDOS**

JUSTIN HILL

AÑO 1016. INGLATERRA ARDE

Pàmies

JUSTIN HILL

MURO^{DE}
ESCUDOS

Traducción de Pedro Santamaría



Título original: *Shieldwall*

Primera edición: julio de 2020

Copyright © Justin Hill, 2011

© de la traducción: Pedro Santamaría Fernández, 2020

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

BIC: FV

ISBN: 978-84-17683-58-0

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO®

Fotografía de cubierta: Fotokvadrat/Gorodenkoff/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

LIBRO I

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

LIBRO II

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

NOTA DEL AUTOR

CONTENIDO EXTRA

LIBRO I

1

SIN OLVIDO

DYFLIN, INVIERNO DE 1013

Cristo tampoco llegó aquel año. El Señor permanecía en las iglesias y en las páginas del Libro, y Wulfnoth estaba sentado en el pabellón a medio construir mientras observaba el goteo de la lluvia, que, a través de la techumbre de brezo, ya estaba dando lugar a un charco en el suelo. La turba humeaba en el hogar. Los hombres que le quedaban estaban a su alrededor, en bancadas, arrebujados en sus capas y capuchas. Los escudos de umbo redondo estaban colgados en la penumbra del pabellón. Tenían las lanzas enfundadas y las espadas a mano.

Los días de mediados del invierno eran cortos y oscuros; sus sombras, delgadas y alargadas, se proyectaban en el suelo. Nadie hablaba. Eran malos tiempos. La actividad en los mercados de esclavos seguía siendo intensa, pero, día a día, aumentaban los rumores sobre el tamaño del contingente de Brian Boru.

La guerra se aproximaba cual jinete. Un caballo de color rojo sangre, decía el libro del Señor, al que seguían el juicio y el infierno. Las gaviotas lo presentían: era el distante hedor de la batalla. Luchaban y chillaban en caóticas multitudes, caían en picado sobre las pequeñas embarcaciones pesqueras y les arrancaban a las aguas grises peces fríos que parecían aletear.

El triste día invernal era frío, gris y lóbrego. Wulfnoth se acercó al muelle y observó el estuario. Entre los árboles que crecían a las orillas del río vio aparecer los mástiles de las naves de guerra que se aproximaban. La lluvia incesante desnudaba las ramas, las aguas calmas del río arrastraban una alfombra de hojas.

Wulfnoth sintió un escalofrío a pesar de llevar encima su capa azul con capucha; la prenda empezaba a acusar el desgaste. La fíbula de plata mantenía

la lana próxima a su pecho, el disco lucía como motivo a tres perros arremolinados. Los días de mediados del invierno eran cortos, y la luz de la tarde ya se desvanecía; los ojos de cristal azul de los perros estaban apagados, uno de ellos no era más que un hueco vacío y ciego.

Wulfnoth permaneció inmóvil como un viejo roble, nudoso y hueco después de tantos inviernos, mirando hacia el este, hacia las olas. Su mente se encontraba lejos de aquel muelle embarrado a la sombra de los altos terraplenes de Dyflin, coronados por un muro de estacas. Sus recuerdos cruzaron las olas grises y revueltas y volvieron a los campos de su juventud, a la lumbre de su hogar, donde unas manos cálidas y delicadas le daban la bienvenida, cuando había buena comida en la mesa y palabras de cariño, cuando la música y las risas vibraban como cánticos de abadía, cuando dormía sin preocupación bajo las vigas y el pesado brezo de su casa.

—¡Brian no se atreverá a volver! —gritó un hombre, de Orcaneg, a juzgar por su acento, cuando vio a los nuevos tripulantes. Wulfnoth bufó.

—O eres un idiota o eres un iluso —dijo para que le oyeran todos. Un puñado de hombres rieron—. Brian ha vaciado Mide, Connacht y Ulfastir de guerreros. ¡No le dais miedo ni los daneses ni vuestras lanzas!

Algunos hombres murmuraron su asentimiento. Eran pocos los que no se creían las historias que decían que Brian Boru, emperador de los gaélicos, gran rey de los irlandeses, estaba convocando a sus hombres para la batalla. Pero el hombre de Orcaneg oyó el acento inglés en la voz de Wulfnoth y rio.

—¿Y a ti qué te importa, barba gris? ¡Vuelve a tu casa, si es que la tienes! ¡Cuando Brian esté muerto, vendremos y haremos de ti una mujer cada tres noches!

Wulfnoth hizo una pausa, y los extraños que le rodeaban sonrieron esperando trifulca. Había matado por menos, aunque ahora era más sabio. Su mirada provocó el fin de las risas. La mantuvo durante un tiempo. Escupió al barro negro del suelo y se alejó lentamente con la mano sobre el pomo de la espada. Las burlas fueron quedando atrás.

Wulfnoth cargaba con la culpa desde hacía cinco inviernos, y esa mañana, mientras volvía a casa, sintió que ese peso le abrumaba, que pesaba más a cada paso, como un saco de plata.

—«Silencioso y vacío yace el hogar antes risueño» —le oyó cantar a su joven

esclava de voz clara mientras llevaba agua desde el río.

*«Quien una vez fue señor ahora vaga errante.
La pena y la añoranza son sus únicas compañeras.
Hombre solitario que espera la misericordia divina».*

Ella le estaba esperando cuando entró por la puerta. Le retiró la capa y la extendió junto al fuego para que se secara. La prenda de lana empezó a desprender vapor. Las brasas crepitaban. El tosco edificio se cernía sobre ellos y los aleros de paja chorreaban lluvia. La esclava retiró una rama de cardo del dobladillo de la capa y echó más leña de acebo al fuego. Saltó un puñado de pavesas rojas, pero la madera aún estaba mojada, y siseó y humeó al recibir el calor de las llamas.

—¿Alguna noticia?

—Ninguna —dijo Wulfnoth, y se sentó en silencio a observar las llamas bailarinas.

Había interrogado a los barbas-largas en el muelle, pero estos se habían limitado a negar con la cabeza; no sabían nada, no había nada que pudieran decirle, nada que pudiera tranquilizar al hombre abatido.

Le hizo un gesto a la esclava para que echara más leña al fuego, ignoró a la pequeña rata marrón que recorrió la base del muro e inhaló profundamente el aire lleno de humo para intentar levantar su decaído ánimo. Odiaba las casas atestadas, el hedor de las cloacas, el ruido constante de hombres y animales recorriendo las calles. Lo que le gustaba era salir a la puerta y sentir el viento en la cara, ver el horizonte amplio y verde ante él, su pequeño reino de campos, bosques y pastos. Le gustaba ver quién se aproximaba a su casa desde una milla de distancia.

Así había sido en su casa larga de Sudsex, en lo alto de las tierras bajas del sur, con unas vistas diáfanas a una ordenada extensión de campos, de ricas dehesas y arroyos claros de agua abundante.

Contone era el nombre de la aldea; un lugar pequeño y carente de importancia en el devenir de las cosas, pero había sido el mismísimo Alfredo el que se lo había entregado a la familia de Wulfnoth, y era su hogar —una palabra sin pretensiones que pasaba desapercibida hasta que faltaba, como «esperanza», «alegría» y «familia»—. Conocía Contone como los surcos que recorrían las palmas de sus manos, como el estado de ánimo de sus hombres. Conocía sus estaciones de memoria, el ajetreado calendario de siembra, tala,

esquila, siega, engorde y matanza. Sabía el número exacto de aldeanos, jornaleros y esclavos, la cantidad de arados, las cercas, cuánto valía en tributos y cuánto pagaba de impuestos.

Wulfnoth se quedó ensimismado con el fuego, las llamas se apoderaron de él. Su mente recorrió días mejores, amigos y acontecimientos: las grandes festividades de otoño, antes de que llegara el invierno; los hogares cálidos y llameantes; la luz intensa de las velas iluminando rostros cercanos; las risas y las canciones que mantenían a raya la larga oscuridad; las mañanas tranquilas después de los banquetes, cuando el gran salón olía a cerveza rancia y a ceniza; las noches frescas de verano cuando las puertas se abrían de par en par y acudían los mosquitos y se oía el canto nocturno del mirlo; los largos atardeceres del final del verano cuando no se encendían hogueras, cuando los murciélagos, como sombras, volaban bajo y las estrellas blancas titilaban en el cielo del norte...

Bebió lentamente, mascando la suerte que le había abocado a ese final.

—Deberías comer más —dijo la esclava, y Wulfnoth alzó la mirada de las palmas avejentadas de sus manos y del cuenco con pan de cebada y cerdo salado que ni tan siquiera había tocado.

Kendra era una bella muchacha de Cumbraland: cabello negro, ojos azules, amables maneras. Cuando se desvestía, su piel lucía pálida y fría como una helada. Tres años atrás, cuando se la trajeron del mercado de esclavos de Dyflin —sucia y cubierta de picaduras de pulgas en brazos y piernas que se había rascado hasta hacerse sangre que se había tornado en costras—, no había hablado ni una palabra de inglés. Nadie podía pronunciar su nombre real, así que Wulfnoth y sus hombres la llamaron Kendra, «aquella que todo lo sabe». Fue una chanza que en un principio les resultó graciosa a medida que ella fue aprendiendo su lengua y aquellas cosas que complacían a su señor, pero hacía tiempo que habían dejado de reírse de ella. Había sido una buena esclava, y Wulfnoth no lo olvidaría.

—No has comido —dijo Kendra—. Ten, esto está caliente.

Wulfnoth alargó las manos hacia las llamas, pero no sintió calor. Nada parecía reconfortarle, ni siquiera la plata acumulada con la venta de esclavos a los mercaderes moros: el gasto y el beneficio tan solo proporcionaban una gratificación pasajera; le consumían el honor y la lealtad. «Y el deber», se recordó Wulfnoth a sí mismo. Una palabra sencilla, un vínculo de sangre que unía y encadenaba a los hombres libres.

La penumbra del crepúsculo crecía, el día se hundía, sus rostros quedaban iluminados por el cálido hogar, convertido en un montón de rescoldos rojos y quebradizos. Era agradable estar sentado junto a gente cercana por sangre, junto a compañeros de rancho, beber y comer sin necesidad de decir palabra. Wulfnoth disponía de veintiséis hombres, aunque había llegado a liderar a más de un centenar. Pero eran hombres robustos, de buen corazón, de lealtad probada a lo largo de años de hambre y frío en el camino del exilio. En batalla formaban una égida de cuerpos. En noches tristes como aquella solían levantar el ánimo de su señor con relatos de extrañas apariciones, de puertos distantes, de hombres a los que habían matado, de deudas de sangre y asesinatos, todas ellas a medio recordar, todas relativas a un pasado muy distante.

Esa noche bebían cerveza aguada de cebada mientras Caerl, el timonel, relataba la historia de Troya, de unos valientes guerreros condenados al fracaso. Sus manos acariciaban las cuerdas del arpa mientras hablaba de barcos y batallas, de la tenacidad de los héroes, hombres desafortunados y amontonados como arbustos en invierno. Pero Wulfnoth no estaba de humor para leyendas. Llevaba taciturno toda la tarde, intentando ahogar en cerveza su desesperanza en aquel día gris de Dyflin, y sentía que, de algún modo, el relato estaba dirigido a él. Justo antes de que Caerl hablara del nieto de Príamo, con la cabeza aplastada en un altar pagano, Wulfnoth dio un severo golpe con su cuerno de cerveza y las notas del arpa se desvanecieron. Tenía las mejillas encarnadas y el aspecto de un toro bravo: rabioso, encerrado e impotente.

—¡No rompí mis juramentos! —balbució Wulfnoth con los ojos pequeños y rosados—. Ninguno de ellos dio la cara por mí. ¡Ninguno!

La mano de Wulfnoth tembló y la joven esclava quiso acercarse a él, pero no hubiera sido apropiado. Sus hombres hundieron la mirada en el fuego nocturno, como si en las lengüetadas y destellos de las pavesas que bailaban sobre las brasas pudieran encontrar respuestas.

Wulfnoth alargó las manos, que más parecían las de un carpintero que las de un caudillo.

—Habría sido capaz de aferrar hierros al rojo si eso hubiese servido para traerme a mi hijo conmigo. ¡Habría caminado sobre brasas! —dijo—. Me retuvieron, no dejaban de decirme que el rey me mataría. Fueron ellos. Ellos me dijeron que huyese. «Tu hijo tendrá que arreglárselas solo», me dijeron, y allí le dejé. A mi amado hijo. ¿Por qué permitisteis que hiciera algo así?

El cambio de persona no pasó desapercibido. Los hombres permanecieron

inmóviles. En su mente, Wulfnoth aferraba la empuñadura de su espada. Los nudillos del puño adquirieron una tonalidad blanquecina antes de volver a adoptar las cualidades de la madera áspera.

Hubo una larga pausa. El fuego crepitó. Saltó una pavesa que cayó en el suelo, junto a su pie, y se enfrió hasta volverse negra y gris.

Ningún hombre sensato habría confiado un hijo al cuidado de Ethelred. Solo había que recordar el modo en que había tratado a los hijos del regidor Elfhelm: arrancándoles los ojos con los pulgares mientras el cadáver de su padre era abandonado en una zanja del bosque. Pero Wulfnoth no había estado en sus cabales aquel día que llevaba recordando cinco años. El terror se había apoderado de él, del modo en que se apodera de los hombres en batalla y les arrebató su virilidad. Wulfnoth apretó los dientes y recordó los juramentos que hizo, así como aquellos con los que Ethelred había respondido: ser un buen señor, guardar las leyes, proteger al pueblo. Esos eran los tres votos de un rey, y Ethelred los había roto todos. No cabía duda de que la aparición de los daneses respondía al juicio de Dios.

—Le di a mi hijo —susurró Wulfnoth. Las palabras quedaron suspendidas en el aire un instante—. ¡Le di a mi hijo como rehén! ¿Qué ha hecho con él? —le preguntó Wulfnoth a las sombras de la estancia, pero su voz quedó amortiguada por la paja húmeda del techo. El ruido constante de la lluvia fue todo lo que obtuvo como respuesta.

«El hombre desventurado se traga sus sentimientos», tarareó Kendra para sí en silencio.

*«Busca a alguien que le ame.
Y que vuelva a traerle alegrías».*

Al fin Wulfnoth se puso en pie, tambaleante, para ir a la cama. Su esclava acudió, rauda, desde su banqueta en la esquina, abrió la puerta para él y le siguió al interior. Esa noche la piel de la muchacha resultó ser más pálida y fría que nunca; su cabello negro, como las sombras de la noche. La abrazó a su lado y los dedos de la muchacha jugaron con el pelo de su pecho como hubiera hecho una chiquilla.

Permanecieron tumbados bajo las pieles y las mantas durante largo rato. Pasado un tiempo, él se percató de la inquietud de la joven y de la rigidez de sus miembros, así como de la postura de su cuerpo, medio apartado de él. Desde el puerto llegaban los distantes cantos y voces de hombres del norte,

era una ebria canción de guerra que cabalgaba sobre la calma nocturna:

*«Una espada entre espadas
me ha hecho rico.
Mi espada vale lo que tres espadas
en el juego de la guerra».*

La chica de Wulfnoth intentó hacer oídos sordos al juego de palabras norteanas. Conocía bien la lengua de los hombres del norte. Le traía malos recuerdos de un tiempo gélido. Permaneció sin decir palabra.

—¿Por qué quieres volver? —preguntó ella al fin.

—¿Por qué no? —le preguntó él.

Entonces la esclava se incorporó y habló lo bastante alto como para que los hombres del gran salón la oyeran.

—Te matarán. Por eso —dijo ella.

Wulfnoth no respondió. Le asaltó una imagen: una dehesa en flor, un arroyo claro y pedregoso, un pescador colocando su trampa para peces en las aguas repletas de salmones, y la voz de su madre llamándole para que volviera a casa ahora que moría el día.

«Todos los hombres mueren», pensó, y él ya había vivido bastante tiempo en el exilio.

Esa noche, en la cama, Wulfnoth dio vueltas y vueltas intentando dormir, pero la habitación giraba, y podía sentir un sudor frío en la frente. Tenía las manos secas, pero el resto del cuerpo sudoroso. Se incorporó y sintió que el estómago le daba un vuelco, arriba y abajo, como si alguien estuviera haciendo mantequilla en su interior. Esquivó el cuerpo de la muchacha y palpó con las manos ciegas buscando la capa, que se colgó de los hombros. Buscó a tientas el cerrojo de la puerta y salió al salón oscuro y lleno de humo.

Podía oír la respiración de sus hombres. Gracias al leve brillo rojo de los rescoldos pudo distinguir sus siluetas durmientes, alineadas como cadáveres en el suelo. Se secó el sudor del labio, maldijo la cerveza y el hedor de Dyflin, la guerra y a Ethelred, y el destino que le había llevado hasta ese momento. Apoyado en la maltrecha jamba de la puerta, con el aire frío de la noche en el rostro, vio pasar jirones de nubes ante una luna creciente, y vomitó en la entrada de aquel techo alquilado.

Wulfnoth se inclinó para vomitar de nuevo, dio una arcada y escupió un

largo hilo de saliva. Babeaba como un perro. Sabía que aún no había acabado, pero, en vez de esperar, abrió la boca todo lo que pudo y se metió los dedos buscando el fondo de su garganta. Conocía el punto exacto, detrás de las amígdalas. Pudo sentir el sabor de su propia piel y la mugre de las uñas, los pelos negros del dorso de la mano contra el cielo de la boca. Dio otra arcada. Escupió de nuevo. Luego volvió a meterse los dedos y su estómago reaccionó; se sacó la mano, se levantó la capa y sus tripas se contrajeron como un puño para librarse de la cerveza y de los trozos de pan, cerdo y nabos a medio digerir hasta dar lugar a un chorro que se prolongó hasta lo increíble.

Wulfnoth creyó que eso bastaría para aliviar el sudor de su piel, pero dio otra arcada. A la tercera, no salió nada de sus entrañas, pero su estómago se contrajo por cuarta vez, y pudo percibir el asqueroso regusto a bilis negra.

Cuando acabó, Wulfnoth se roció con agua las peludas pantorrillas para limpiarse las salpicaduras.

Aún tenía los pies húmedos cuando volvió a la cama a tuestas. No quería despertar a la muchacha, pero podía oler su propio vómito. Sabía que estaba borracho, e intentó limpiarse con la capa. Ella se movió para dejarle sitio, pero a él le gustaba dormir en su lugar acostumbrado, así que pasó por encima de ella con cuidado de no despertarla.

Seguía sin lograr conciliar el sueño. La habitación ya no daba vueltas, pero el cuerpo aún le sudaba. Wulfnoth abrió los ojos en la oscuridad. La lluvia no cesaba. Se había formado un charco en el barro, en algún lugar de la estancia. El sonido resultaba intenso en aquel silencio. Oía el goteo constante que marcaba el lento e insomne paso de la noche.

A la mañana siguiente Wulfnoth se despertó y comprobó que la joven esclava ya se había levantado. Estaba sentada en un taburete de ordeño, junto a la cama, limpiando la suciedad de su capa.

—Has vomitado —dijo ella, y Wulfnoth recordó.

Cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza, como si así fuese a lograr que el dolor le abandonase.

—Has hablado de tu hijo —dijo la esclava.

Él esbozó un gesto de dolor y se incorporó con ayuda de los brazos. Vio el charco en el suelo y el techo, que seguía goteando. Se levantó y sintió un ligero mareo, se puso los pantalones y la túnica y se ciñó el cinturón. Los hombres

no querrían ver a un viejo borracho saliendo a la luz del día. Le habían prestado juramento y compartían su comida, pero no había vínculo mayor que el del respeto y el amor, y, después de una noche como la anterior, Wulfnoth presentía que necesitaba darles algo que admirar.

Pudo sentir la mirada de la esclava cuando posó la mano en el pasador de la puerta.

—Espera —dijo la muchacha, y se puso en pie.

El dobladillo de su vestido estaba húmedo. Tenía las manos blancas y arrugadas del agua con la que estaba lavando, las aproximó al cuello de su señor y Wulfnoth sintió un escalofrío en la espalda: era como si le estuvieran tocando las manos del cadáver de un ahogado.

—Espera —volvió a decir.

Él cerró los ojos y espiró mientras ella le arreglaba la ropa. Luego dijo algo en su idioma mientras le retiraba restos secos de comida de la barba.

—Pareces un danés —dijo la esclava con voz dulce y tono de reproche.

—Debería afeitarme —dijo él.

Ella le miró. Cogió un pelo gris entre los dedos y dio un tirón.

Wulfnoth esbozó una mueca de dolor cuando el pelo gris le fue arrancado de la piel.

La esclava tiró de otro. Y de otro. Era como si le estuviera abofeteando para que despertara.

—Ya está —dijo ella, y asintió hacia la puerta, como indicándole que ahora era libre de marcharse.

Wulfnoth, en el pasado, había acudido a la corte con los hombres más preclaros del reino, y, cuando el temido momento llegó, se caló la cota de malla y la espada, tomó lanza y escudo y guio a sus hombres en la batalla. Escudo de su pueblo, se había ganado un gran nombre luchando contra los daneses: Wulfnoth Cild, le había llamado el rey —«Wulfnoth el héroe»—. Cuando salió y saludó a sus hombres uno a uno, volvió a ser ese Wulfnoth Cild.

—Alguien debería enseñar a los irlandeses a hacer cerveza —dijo Wulfnoth mientras daba una palmada a Beorn en la espalda. El hombre fornido sonrió; sus dientes retorcidos le conferían un aspecto temible—. ¿Crees que tienes más cicatrices que yo? ¡Aún no, joven Beorn! —rugió—. ¡Ha sido una gran noche! Caerl, ¿cómo están los vientos?

—Han cambiado un poco al sur —dijo Caerl.

—Bien —rio Wulfnoth—. Bien. La galerna no puede durar todo el invierno.

No tardará en amainar, y entonces nos llevará de vuelta a casa.

Wulfnoth cada vez se sentía peor. Ocultó su malestar y habló con fuerza y energía mientras les daba órdenes a sus hombres para que vendieran esto o aquello, para que reclamaran a los hombres de la ciudad las deudas contraídas con ellos y para que prepararan el barco con el que habrían de cruzar a Sudsex.

Esa noche Wulfnoth no durmió bien. Su mente no dejaba de funcionar, y las tripas le rugían. Dio vueltas y más vueltas, y temió que su hijo yaciera ahogado en una playa irlandesa. Soñó que una gran ola verde barría un barco maltrecho. Despertó sobresaltado.

Cuando llegaron noticias de que un barco había naufragado en la galerna dos días atrás, Wulfnoth tuvo claro que su hijo Godwin se había ahogado. Las palabras no sirvieron para calmarle, e insistió en salir a caballo hacia el lugar. La galerna había amainado y el cielo lucía azul y diáfano. El viento peinaba la tierra mientras Wulfnoth y sus hombres se hacían con sus caballos, lanzas y escudos y cabalgaban hacia la bahía. La marea estaba bajando y las olas eran suaves, casi parecían arrepentidas mientras mecían la nave naufragada en la costa. La arena y las aguas se arremolinaban, la amplia playa estaba sembrada de restos de madera y arpillera y de los restos de los enseres de la marinería.

Caerl abultó la mejilla con la lengua y observó la embarcación volcada. Estaba de costado, a unos seiscientos pasos de distancia, con el casco plagado de moluscos que miraban al cielo. Un barril de flechas quebrado y unas fanegas marcaban el límite de la marea alta, mientras que en la orilla un puñado de cadáveres envueltos en algas y despojados de todo por los lugareños acariciaban la costa con cada golpe de mar.

—Es un barco inglés —dijo Wulfnoth—. Es roble inglés. Y, mira, esta cruz es inglesa.

—¡Vamos! —gritó Beorn—. ¡Recojamos a nuestros paisanos y démosles digna sepultura!

El suelo era suave y arenoso, y no les llevó mucho tiempo cavar una zanja lo bastante profunda como para albergar todos los cuerpos. Uno de los cadáveres era el de un mozo alto y guapo de melena rubia. Beorn palpó el cráneo del sujeto y la cabeza se ladeó en un ángulo imposible. Le habían cortado el cuello hasta el hueso.

Beorn miró a su alrededor. «Pobre diablo», pensó. Pudo imaginar al hombre alcanzando la orilla a duras penas solo para toparse con los lugareños que habían acudido a saquear la nave. Pero ahora no había más que viento, hierba y flechas desperdigadas.

—Ni rastro de tu hijo —le dijo Caerl a Wulfnoth.

Wulfnoth se quedó mirando al mar grisáceo. Los hombres lo llamaban «la ruta de las ballenas», y allí estaban las gigantescas bestias, emergiendo como colinas de debajo de las aguas, recorriendo las aguas frías y grises, ganando la superficie por turnos, extraños viajeros hacia los confines de la tierra.

Aquella tarde la olla acababa de empezar a bullir cuando uno de los hombres le entregó a Wulfnoth un cuenco de negro caldo de res. Wulfnoth lo cogió con ambas manos y sintió que el calor atravesaba lentamente la madera pulida a mano. Sintió un intenso dolor en el estómago mientras observaba a Beorn sacudir las pieles de oveja que mantendrían a raya la humedad. Wulfnoth apretó los dientes y el dolor se fue desvaneciendo.

—Señor —dijo una suave voz.

Su esclava estaba de pie, a su lado. El salón estaba prácticamente vacío, oscuro, frío y en silencio. Sus hombres habían salido a hacer ciertos encargos. Aún llovía levemente, y la luz era tenue. No hubiera sabido decir cuánto tiempo había dormido. Se limitó a ver cómo caían las gotas en el suelo, en el exterior, contando.

Wulfnoth tembló y cerró los ojos.

—¿Te apetece que cante?

Wulfnoth negó con la cabeza. Le dolía la parte baja de la tripa. Ese día no quería música.

—Dormiré. Despiértame si cambian los vientos —dijo, y se arrebujó en su capa.

Apoyó la barbilla en el pecho, pensó en Contone, en su esposa y en su hijo y en aquella sensación, perdida hacía tiempo, de satisfacción y júbilo.

Durmió tres horas, llevado por los sueños del hombre que anhela a los suyos pero que se ve incapaz de guiar su nave a casa. Mientras dormía, pudo oír voces en el exterior.

Llamó a Kendra.

—¿Quién es? —le preguntó cuando la esclava llegó hasta él.

—Hombres de Sudsexe. Los vientos soplan hacia el este.

—¿Alguna noticia?

Ella negó con la cabeza, y Wulfnoth volvió a posar la cabeza en la almohada que había hecho enrollando su capa.

Volvió a dormirse. La temperatura cayó y una espesa neblina invernal emergió del río. Poco a poco fue extendiéndose por las calles hasta que los tejados se antojaron islas sobre un mar blanco. Los árboles se erguían como extrañas siluetas de gigantes. Los hombres empezaban a volver a casa. Las formas oscuras de los edificios y de los vallados de mimbre cada vez parecían más cercanas, más oscuras, más sombrías. La niebla siguió subiendo hasta colarse por la chimenea provocando toses y chisporroteos en el fuego.

Wulfnoth soñó que estaba bajo el agua, y despertó sobresaltado. Apartó a un lado la manta que le cubría las piernas y abrió la puerta con ímpetu hacia la densa niebla. Un muro blanco se extendía ante él. Recorrió a tientas la estrecha pasarela que recorría la pared exterior del edificio hacia las letrinas.

Cuando acabó, Wulfnoth usó un puñado de musgo para limpiarse. Tuvo que volver media hora después, con la misma urgencia, pero sin resultado alguno. Permaneció allí sentado más de diez minutos, y cuando volvió a la cama le pidió a la esclava que le llevara un caldero.

—¿Tienes náuseas? —preguntó.

—Ha sido la cerveza barata —le dijo él, pero sabía que no era solo la cerveza lo que le hacía sentir mareos y vahídos. Esa noche se despertó muchas veces.

Cuando llegó la mañana tenía tanto calor y tanta fiebre que la esclava le quitó las mantas y abrió las altas contraventanas para ventilar y hacer que penetrara la tenue luz invernal.

Se inclinó para recoger el caldero y cruzó el salón con él; solo cuando salió del lugar y sorteó los charcos pudo ver lo que contenía. Hizo lo posible por no inspirar, y contuvo la respiración hasta después de haberlo vaciado; luego se deshizo del recipiente. Ya no podría usarlo nadie, y menos después de lo que había visto.

Volvió a toda prisa, esta vez chapoteando por los charcos, y entonces abrió la boca y respiró profundamente. Se lavó las manos y permaneció junto a la puerta de la alcoba, como si toda la habitación estuviera infectada.

Wulfnoth estaba tumbado de lado, con el brazo doblado bajo la cabeza y uno de sus blancos pies asomando bajo las mantas. Su respiración era lenta y constante. La esclava le tocó la frente y sintió el fuego que ardía dentro. Había

visto aquella dolencia antes. Sus tripas no habían expulsado nada marrón, ni líquido, ni algo que fuera reconocible, solo coágulos de sangre que flotaban en una masa traslúcida de mucosa. Se arrodilló junto al lecho, unió las manos y oró:

—Perdóname, Señor, y perdona a Wulfnoth por los pecados que hemos cometido —rogó, pidiendo clemencia y esperanza y para que el Señor mirase a su amo con ojos misericordiosos.

Pasado un rato, cuando los hombres ya estaban despiertos y hablaban a gritos, como hacían todas las mañanas, Wulfnoth abrió un ojo y la vio arrodillada junto al lecho.

—¿Qué ocurre, chiquilla?

Ella le miró, pero no supo qué decir.

Él cerró los ojos y sonrió.

—¿Ya estás rezando? —preguntó.

La esclava se sonrojó.

—¿Cómo están los vientos?

—Calmados.

—¿Y Cuello de Cisne? ¿Está lista para zarpar?

Ella asintió.

—Bien. Cuando todo esto haya pasado, iremos a empujarla al mar —dijo él.

Pero en los días que siguieron sus mejillas se fueron hundiendo. Cada vez hablaba menos.

—He visto a mi hijo —dijo Wulfnoth, y ella vio la luz de las fiebres en sus ojos azules—. Vi a mi chico. Me daba la bienvenida a casa con los brazos abiertos. —Wulfnoth cerró los ojos un instante, y luego dijo en voz baja—: No, aún no. No llames a los monjes todavía.

Kendra permaneció arrodillada un rato, y se preguntó si él seguiría durmiendo.

—He visto a mi hijo. He visto a Godwin —susurró Wulfnoth pasado un instante, pero sus ojos aún estaban cerrados. La esclava observó el lento subir y bajar de su pecho. Luego le tomó la mano, y sintió alivio cuando él le apretó los dedos a modo de respuesta.

Beorn rellenó una jarra con cerveza, colocó dos cuencos ante él y esperó junto al hogar a que su señor saliera. Pero Wulfnoth no apareció. Beorn hizo una

mueca, rellenó su cuenco y bebió hasta vaciarlo; luego lo rellenó de nuevo y siguió bebiendo. Se sumió en el silencio, después en la desesperanza, y desenvainó su espada, Venganza, y le sacó brillo hasta que se reflejó en la hoja el rojo intenso del fuego.

—¿Acaso ya no le hacen gracia nuestras chanzas? —dijo.

—Está enfermo —le dijo Caerl.

No había nada que pudieran hacer. Se sentían inútiles.

—¿Quieres más?

Caerl negó con la cabeza.

—No —respondió, y luego le puso la mano en el hombro a Beorn—. Pero bébete una a su salud.

Caerl fue a los muelles embarrados de Dyflin, donde los barcos amarrados se bamboleaban sobre el agua, y sus reflejos los envolvían como ovejas inquietas. Subió a bordo, se dirigió a la proa y contempló cómo otras tripulaciones se hacían a la mar. Se echó la capa a la espalda y se restregó los ojos para ver mejor. Los barcos estaban cargados y listos; todo lo que necesitaban era la orden de Wulfnoth.

Pero Wulfnoth no estaba en condiciones de dar órdenes.

Caerl oyó el chapoteo del agua en los flancos de la nave, el ruido matinal de aquellos que se iban, las tripulaciones que trabajaban en silencio, la voz ocasional que rasgaba la calma de la mañana. Cuando los barcos estaban listos, las tripulaciones los empujaban y luego remaban para alejarse. Los largos remos chorreaban. Torcían al otro extremo del puerto, luego despleaban las velas, que recogían el viento, y aprovechaban la corriente del río y la marea descendente.

Caerl odiaba quedarse atrás, incluso cuando se trataba de las embarcaciones de extraños. Siempre se sentía así cuando veía zarpar otras naves: era la llamada de los errantes. Intentó mantenerse ocupado, tener la mente alejada de los recuerdos de tantos viajes emprendidos juntos. Permaneció en el barco toda la mañana, y repasó los cientos de pequeñas tareas que siempre servían para mantener a la tripulación ocupada: comprobar y atar cabos, inspeccionar las velas, engrasar las horquillas de los remos, intentar prever qué podía romperse o fallar en alta mar...

—¡Mira! —gritó Caerl, y le dio un cachete al muchacho que estaba cosiendo la vela de lana azul con una robusta aguja de hueso de ballena—. Tienes que dejarlo más tenso. —Metió los dedos por el agujero y tiró, deshaciendo lo que

el muchacho había cosido.

El chico no dijo nada, y Caerl, aunque se le pasara por la cabeza explicárselo, decidió guardar silencio. «Idiota», pensó. Recordaba las galernas que desgarraban velas de arriba abajo, los jirones recorriendo la cubierta con la furia de un berserker.

Dejó al chico solo un rato, comprobó que las provisiones de cerdo salado y pan de cebada no estuvieran cogiendo humedad bajo las lonas de cuero enceradas y luego volvió y observó la labor del joven por encima del hombro de este. El muchacho se estaba mordiendo el labio. Tenía las mejillas sonrosadas. Levantó la costura y Caerl tiró. Cedió un poco, pero no lo suficiente como para regañarle.

—Mejor —dijo, y se dirigió al otro extremo del barco, se apoyó en unas jarcias de piel de foca y sintió que cedían un poco por su peso.

«El muchacho es un imbécil —pensó, y luego negó con la cabeza—. No, no es el chico», se dijo a sí mismo. Era la muerte de su señor, que aguardaba como el ocaso en el bosque.

Cuando regresó, vio a un matasanos irlandés que salía de la casa con un recipiente cubierto. Sus ropas de monje estaban sucias por el dobladillo, y tenía la cabeza rapada al estilo irlandés, con un largo copete que le recorría la parte superior. Había una cuchilla y una correa de cuero sobre el recipiente, y sangre en las manos del sujeto. Sonrió, pero Caerl se limitó a dejarle paso.

La esclava estaba limpiando la frente de Wulfnoth, y este tenía los ojos cerrados. Le habían puesto una venda en torno a la herida del antebrazo. Su rostro brillaba merced a una fina capa de sudor.

—¿Cómo está? —preguntó Caerl.

—Débil —dijo ella. La muchacha parecía cansada y atareada, pero sonrió de un modo que le transmitió a Caerl todo lo que necesitaba saber—. Pero está cómodo.

Caerl asintió, se quedó allí y contempló a su señor durante un buen rato. *Lif is lena*. La vida solo se nos presta para hacer lo que podamos antes de devolver nuestro cuerpo a la Tierra y nuestra alma al Cielo.

Beorn entró tambaleante. Su sonrisa desprendía incertidumbre.

—¿Dónde está? ¿Todavía encamado? Ya verás cuando le cuente lo que me han dicho. —Tenía el rostro encarnado y los ojos inyectados en sangre, pero ver a Wulfnoth sirvió para que el color abandonara sus mejillas—. ¿Qué le pasa? ¿No mejora?

Kendra se sentó y dejó escapar un largo suspiro. Su señor no estaba enfermo: se estaba muriendo.

—Es el flujo —dijo ella.

Beorn asintió. Kendra miró a Caerl, y se comprendieron con los ojos.

—¿Cuánto tiempo le queda? —dijo Caerl.

La esclava dejó escapar otro suspiro.

—No mucho —repuso la joven mientras iba de un lado a otro llevando a cabo pequeños quehaceres para mantenerse ocupada.

Beorn eructó. Caerl no dijo nada. Las Tres Hermanas, las que tejían el destino de los hombres, estaban preparando las tijeras.

La campana de una iglesia empezó a tocar a vísperas. Wulfnoth, tendido en el lecho, oyó el mismo repicar, ese que llamaba a los fieles. Oyó las palabras del *Magnificat* en su cabeza y sus labios se movieron con la última bendición:

—*Gloria patri et filio et spiritui sancto.*

Sintió otro retortijón, pero estaba demasiado débil como para salir de la cama. Quiso incorporarse, pero la muchacha estaba allí. Le empujó para que siguiera tumbado y él pugnó por apartarla. Solo entonces se percató de lo débil que estaba. Aquella mano, que en sus tiempos blandiera una espada, ya ni siquiera servía para enfrentarse a una sirvienta.

Eso le hizo reír.

La risa más pareció un leve croar. El sonido preocupó a la chica, que acabó de limpiarle; se lavó las manos en el caldero y se las secó en las faldas. Caerl salió de allí con lágrimas en los ojos, y se alegró de que Wulfnoth no se percatara de ellas. Un guerrero postrado, un señor de camino al otro mundo, el último atisbo de un amigo moribundo. «Es una buena razón para ir a orar», se dijo Caerl. Así que se dirigió, por primera vez en mucho tiempo, al hogar del dios crucificado.

Había una pequeña capilla de adobe al otro lado del mercado de ganado, mal iluminada y con velas humeantes de junco, suelo de tierra prensada y piedras blancas de cuarzo en torno al altar. Había una cruz de piedra tallada, con un Cristo pintado que observaba el mundo con unos ojos azules abiertos al máximo. Caerl inclinó la cabeza y se arrodilló, cerró los ojos y oró. Las palabras, al principio, no surgieron con facilidad, pero su deseo era sencillo, y lo dijo en alto para que Cristo le oyera, tal y como había hecho una vez en el pasado. En aquella ocasión no había funcionado.

Abrió los ojos. Las llamas de las velas seguían titilando; la estatua no sangró,

ni lloró, ni se movió. El Señor no le dio ninguna señal.

Caerl se puso en pie, pero se detuvo ante la puerta, se retiró el brazalete de plata que le regalara Wulfnoth años atrás y lo lanzó hacia la mesa del altar.

«Dios entenderá el gesto», pensó.

Cuando Caerl se hubo ido, Wulfnoth estuvo en silencio largo tiempo, mientras su esclava, sentada junto a la cama, repetía las palabras del padrenuestro.

—Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad... —dijo, y Wulfnoth sintió esas palabras como no las había sentido antes. *Et dimitte nobis debita nostra*—, y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos... —Los labios de Wulfnoth se movían al tiempo que los de la muchacha.

Beorn rezaba con ella. Pasaron unos instantes hasta que se dio cuenta de que Wulfnoth estaba despierto. Cruzaron miradas y Beorn apartó la vista.

Wulfnoth lo comprendió. Cerró los ojos y recordó al primer hombre que había muerto en sus brazos. No fue en el campo de batalla, sino en la dehesa baja de Contone: un chico joven, el hijo de un hombre libre, que había sido arrollado por un tiro de cuatro bueyes. El chico se había aferrado a la vida como un náufrago que sabe que se ahoga. Su marcha no fue plácida.

Ahora los viejos recuerdos cobraban viveza y se arremolinaban a su alrededor como una multitud de amigos en una fiesta de despedida. Wulfnoth había visto el alma del chico abandonar el cuerpo. Se llamaba Ælla. Era hijo de Cenhelm. Ahora podía verlo con claridad. Había sido en el año 997 de la Encarnación de Nuestro Señor. Una mañana gélida después de la Navidad. Pálido e inmóvil. Los campos cubiertos de escarcha, filos de hierba verde con vainas blancas de hielo rociados de sangre roja. El último y laborioso aliento de Ælla en la mejilla mientras un grajo aleteaba sobre el campo sin arar.

Wulfnoth durmió un rato, y, cuando despertó, vio a sus hombres amontonados junto a la puerta, con los rostros inquisitivos y pálidos. Beorn seguía sentado junto a la cama. Tenía el rostro tenso y un rosario enredado entre los dedos. Con la otra mano sostenía la de Wulfnoth.

Wulfnoth abrió los ojos al sentir su tacto.

—¿Quién vio rezar a Beorn alguna vez? —dijo.

Wulfnoth cruzó miradas con Beorn, y Beorn pensó que habría reído si hubiera tenido fuerzas, pero su señor apenas parecía tener la energía suficiente para hacerle a Caerl un gesto pidiendo que se acercara. Los otros hombres se

apartaron para que pasara el capitán y pariente de Wulfnoth. Caerl se aproximó hasta el punto de poder oler la enfermedad de su señor. La carne y la piel de Wulfnoth parecían finas como el pergamino; se veía a la perfección dónde se unían los huesos, los tendones y los cartílagos.

—Mi señor —dijo, incapaz de encontrar otras palabras.

Wulfnoth negó con la cabeza, como si pretendiera evitar cualquier objeción, y señaló con el mentón al otro extremo de la cama, donde descansaba su espada contra el armazón del lecho. También había un petate de ropa, atada con tiras de cuero. Ambos hombres sabían por qué estaba ahí.

—Mi espada. Llévasela. —La esclava le ayudó a incorporarse sobre su capa enrollada—. Y el petate.

La voz de Wulfnoth surgió débil y suave, como el murmullo de las hojas al viento de la noche.

—¡Sálvale! —croó Wulfnoth.

Caerl asintió.

—Prométemelo —susurró.

—Lo prometo —dijo Caerl.

—Ayudadle —les dijo Wulfnoth a Beorn y a Caerl, y ambos asintieron.

Wulfnoth les sostuvo la mirada un rato, luego suspiró y cerró los ojos. Se hizo un pesado silencio, y muchos de ellos creyeron que ya se había marchado. Beorn se secó las mejillas con sus rugosas manos de guerrero. Caerl permaneció arrodillado junto a la cama, con la cabeza inclinada. La respiración de Wulfnoth se tornó laboriosa. Abrió los ojos por última vez. Su voz era tan endeble que solo Caerl pudo oírle. Todos los observaban. Caerl volvió a asentir, y después dejó caer la cabeza y empezó a sollozar.

No oyeron lo que dijo Wulfnoth, pero sí escucharon la respuesta de Caerl:

—Lo haré.

Wulfnoth asintió y apretó los dedos de Caerl por última vez. Sus labios esbozaron una sonrisa, como si, al borde de la muerte, la gris cortina de lluvia se hubiera desvanecido del mundo, como si el sol brillara, como si oyese bellas canciones y oliese dulce incienso. Como si estuviera contemplando desde casa los amplios y verdes prados de su tierra. Esperaron un tiempo. Pasaron momentos interminables antes de que la respiración de Wulfnoth se detuviera por completo. Fue como si se hubiera olvidado de dar otra bocanada. Aguardaron a la siguiente, pero esta nunca llegó. La quietud se alargó demasiado, y entonces, todos en silencio, inclinaron las cabezas e hicieron la

señal de la cruz.

Beorn habló.

—Ha muerto Wulfnoth Cild, hijo de Athelmar, señor de las costas del sur, jamado señor! Ya no compartiremos cerveza. Ya no podremos aliviar tus penas ni formar hombro con hombro en la batalla. Solos y sin liderazgo, lamentamos tu fin.

Mientras permanecían en pie, la esclava salió de la estancia con la cabeza agachada y una mano en la boca. Corrió por el gran salón, que en su memoria seguía albergando la sombra y la voz de Wulfnoth, su tacto y su risa. Abrió las puertas de golpe y salió al exterior.

El atardecer se había hundido en las sombras, la niebla se había disipado, la noche era fría y el aire, húmedo. Nubes altas y raídas se desgajaban lentamente; las frías estrellas titilaban en lo alto.

Pensó que a Wulfnoth le habría encantado aquella noche; habría respirado profundamente y habría sentido la presencia de los viejos dioses olvidados, la habría deleitado con historias de tiempos remotos, anteriores a que su pueblo se hiciera a la mar hacia el norte sin nombre, cuando los grandes héroes ganaban fama eterna. Sus historias eran tristes, pero nunca melancólicas. La mayoría de ellas eran esperanzadoras y edificantes, y las favoritas de Wulfnoth eran aquellas en las que el héroe sabía que iba a morir y todo lo que le quedaba era morir bien. El final no era lo importante: lo eran las elecciones que hacían los hombres.

Kendra respiró profundamente y volvió el rostro hacia los cielos pálidos y estrellados. Las historias tristes daban consuelo donde las alegres no lo hacían. Los Sabios hallaban fuerza en el dolor, ya que la tristeza traía consigo belleza y sabiduría y, cuando todo lo demás fallaba, forjaba a hombres con el valor de seguir adelante incluso cuando no quedaba esperanza.

2

EL REY DE PASCUA

Godwin nació en la comarca de Sudsex, en el verano del año 998.

—Parece enfermizo —susurró una de las mujeres de la aldea mientras bañaban y envolvían en paños al bebé—. ¿Deberíamos ir a buscar a un monje?

—Silencio —dijo su madre, Gytha. Alargó los brazos y se acercó al bebé al pecho—. No hables así. Está bien. ¿Verdad, hijo mío? Esta noche no tenemos necesidad de ningún monje. —El chiquillo movió la cabeza hacia el dedo que le acariciaba la mejilla—. Mirad, está sediento de vida. Adelante, bebe con ganas.

Las mujeres se arremolinaron en torno a la cuna, tal y como habían hecho los animales con Jesús, y hablaron en susurros de sus deditos y de su cara. Gytha le guio al pecho. Sintió que la leche empezaba a fluir, y Godwin abrió los ojos por primera vez: eran de un azul indefinido y parecían mirar sin ver. La mujer sintió tal oleada de orgullo que rompió a llorar.

Claro que Godwin no se acordaba de nada de eso, pero había oído la historia muchas veces de labios de su madre, y en su mente la escena se había convertido en un recuerdo.

La siguiente historia que recordaba Godwin era la del chapuzón gélido en la pila de mármol de la abadía de Cicestre.

—Godwin cogió un resfriado. Empecé a temer por él. Tosió y farfulló a lo largo de toda la misa de su bautismo —les dijo Gytha a los invitados mientras los niños jugaban entre sus piernas con canicas de esteatita. Godwin tenía cuatro años. Oyó que se hablaba de él y se incorporó.

—Cógele la mano derecha, que no la meta en la pila, así podrá blandir la espada sin miedo a pecar —le había susurrado Gytha a Wulfnoth, y Wulfnoth así lo hizo, aunque el monje se percató del gesto. Era un hombre de aspecto desagradable que llevaba meses sin asearse.

—Los hombres no pecan solo con la espada —dijo el monje.

Wulfnoth rio.

—¿Debería sostenerle eso también?

A Wulfnoth le gustaba contar ese chascarrillo una y otra vez. Siempre provocaba risas. Pero ese día el monje no sonrió. Era un hombre sin sentido del humor. Alzó la cabeza hacia las vigas del techo y dijo en voz alta:

—*Agnus dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Agnus dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.*

El pequeño Godwin, al sentir que el relato ya no se centraba en él, tiró de las faldas de su madre.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —repitió hasta que Gytha le prestó atención—. ¿Lloré?

—Sí —dijo a toda prisa su hermano mayor, Leofwine, aunque él tampoco lo recordaba—. ¡Tú siempre estás llorando!

Contone, «*coombe-ton*», «el pueblo en el valle». Aquel era el trozo de tierra de Godwin en Middangeard, la Tierra Media. El año agrícola comenzaba en marzo, cuando acababa el invierno y asomaba la primavera, cuando los días eran tan largos como la noche y luego más largos aún. La oscuridad menguaba y se uncía a los bueyes para el arado y la siembra. Desde que tenían recuerdos, Godwin y Leofwine habían ayudado a arrear a los animales, y cuando los campos estaban listos y las bestias eran llevadas de vuelta a sus establos cálidos y cubiertos de paja, corrían hacia las altas chozas de piedra de donde su padre traía a las ovejas, preñadas con una nueva generación de corderos, hasta los pastos bajos para que parieran.

El largo ayuno de la Cuaresma convertía la necesidad en virtud, tal y como a su madre le gustaba decirles, ya que, aunque el mundo floreciese y todo brotara y empezara a verse inundado de los cantos de los pájaros, la cosecha aún era joven como para ser consumida, y las reservas del año anterior eran escasas. Pero jamás pasaron hambre. Había frutos del bosque y nabos, y, en otoño, manzanas y repollos y, por supuesto, cerveza, suave y espumosa, que bebían con el desayuno, la comida y la cena. De hecho, Wulfnoth prosperaba con la venta de lana y con el hierro forjado que traía de más allá del bosque. Y jamás se olvidaba de darle a Dios su parte.

Cuando Godwin tenía cinco años, su padre construyó una estructura de piedra sobre la capilla de madera de la aldea para albergar una campana. La

campana la compró de cobre, y con ella consiguió maravillar a todos.

—¡Es gloriosa! —dijo la madre de Godwin—. Es como si los mismísimos ángeles de Cristo nos estuvieran llamando a la oración.

En Pascua llegaban hombres de hasta tres aldeas de distancia, y esperaban a que el sacerdote viniera desde el fondo del valle en su rocín castaño, con su mujer e hijos montados a lomos de una mula tozuda.

El sacerdote era un hombre alegre; saludaba a Wulfnoth y a Gytha y les pellizcaba las mejillas a Leofwine y a Godwin. Caminaba de un lado a otro estrechando manos aquí y allá mientras calmaba la sed con una pequeña jarra de cerveza. Siempre se retiraba la espada cuando decía misa, y la solía dejar junto a la puerta de la iglesia. Nadie la tocaba, y los chiquillos la observaban admirados.

—¡Bene! —comenzaba el sacerdote en un latín pronunciado con un espeso acento de Sudsex, antes de pasar al inglés. Los chiquillos inclinaban la cabeza—. Oremos...

Cuando el sacerdote se marchaba, los jóvenes llevaban solemnemente unos muñecos de paja, que habían pasado todo el invierno en casa, hasta los campos que habrían de ser arados para enterrarlos en los primeros surcos. Aquella era una tradición que hundía sus raíces en tiempos paganos, cuando los muñecos de paja no eran sino una persona real, ejecutada a modo de sacrificio para la tierra. El hombre ejecutado solía ser un esclavo, aunque cuando las calamidades eran grandes, el rey, consciente de su cometido, acudía voluntariamente al sacrificio.

—Porque el sacrificio es el precio del liderazgo —les instruía Wulfnoth a sus hijos—. Al igual que Nuestro Señor Jesucristo se sacrificó en la cruz por los pecadores. Ante el enemigo, el rey aún ocupa su puesto en primera línea de batalla, marcha contra el enemigo y muere si es necesario.

La labor de un rey parecía ardua.

—¿Cuál fue el último rey que murió en batalla? —preguntó Godwin.

Wulfnoth frunció el ceño. Los reyes eran asesinados y depuestos. Ningún rey de Wessex había muerto en el campo de batalla.

—Ninguno —dijo.

—¿Por qué?

Wulfnoth, cansado de la ristra de preguntas, concluyó:

—Dios está con nosotros.

El otoño era la estación preferida de Godwin y Leofwine. Era tiempo de caza, y solían correr detrás de los adultos con el resto de chiquillos. La caza suponía un excelente entrenamiento para un noble, ya que este siempre debía estar dispuesto para liderar a sus hombres a petición del rey. Pero con lo que más disfrutaban era con las grandes festividades de la cosecha. Las puertas del gran salón se abrían de par en par y todos los habitantes del valle ocupaban los bancos de madera. Era tiempo de muchedumbres exaltadas y bulliciosas. Por la mañana había juegos, por la tarde banquetes y por la noche, cuando la cerveza había alegrado los corazones, había cánticos, historias y risas.

Leofwine y Godwin compartían un cubículo estrecho en el extremo del gran salón, compartían manta, así como el calor del otro. Solían quedarse tumbados y escuchar la melodía del arpa que, poco a poco, se iba difuminando en la noche.

—Tienes los pies fríos —le dijo Godwin a su hermano.

Leofwine los movió. Permaneció callado, y Godwin pudo ver que tenía los ojos abiertos. Brillaban sombríos, y Godwin se preguntó si le habría molestado algo a su hermano. Pensó en algo que decir.

—Leofwine, cuando seamos hombres y luchemos en batalla, estaremos hombro con hombro —dijo.

—Eres demasiado joven —dijo Leofwine.

—Tú también.

—Tengo tres años más que tú. Padre ha dicho que me llevará a la corte la próxima vez que el rey venga por Sudsex.

—A mí también me llevará.

—No, Godwin, tú aún eres un crío.

—¡No lo soy!

—Sí lo eres. Te pasas todo el día con las mujeres. Eso significa que eres un crío.

—Pues ya no lo voy a ser. ¿Quién va a cubrirte la espalda en batalla sino yo?

A Godwin y a su hermano les encantaban las historias de antaño. Había una buena cantidad de ellas que tenían su origen en un remoto pasado: las de los godos y ostrogodos que mataron a César y saquearon Roma. Grandes héroes, juramentos y honor, hombres dispuestos a enfrentarse a temibles enemigos. A un enemigo le seguía otro, hasta que el héroe, superado, caía luchando con

nobleza. El mensaje era inequívoco: aunque el destino alcanzaba a todos los hombres, la fama corría de boca en boca y no moría jamás.

Godwin era sajón, y su pueblo había cruzado el mar hasta allí en tiempos del emperador romano Justino I, quien había nacido campesino. Con ellos trajeron sus leyendas y sus héroes, sus lazos de juramento y sus leyes. Los ancestros de Godwin habían sido valientes guerreros, y el tatarabuelo de Wulfnoth había sido el portaestandarte del rey Alfredo, el Dragón Blanco de Wessex, en la batalla de Ethandun. En el momento álgido del combate, cuando ambos bandos creyeron haber llegado al límite de sus fuerzas, logró poner en fuga a los daneses que intentaron hacerse con el estandarte del rey, y perdió una mano en la refriega.

El reinado de Alfredo fue el amanecer de Inglaterra, que desde entonces comenzó a brillar con intensidad. La familia de Godwin prosperó; los hijos y nietos de Alfredo expulsaron a los daneses, a los hombres del norte, a los galeses y a las tropas de Cumbrialand de los reinos caídos de Mercia y Northymbria, y unieron a todas las gentes de habla inglesa que habitaban en la isla de Britania. Unos cien años después de la muerte del rey Alfredo, los reyes de Wessex eran reyes de toda Inglaterra. E Inglaterra siguió prosperando.

A Godwin y a Leofwine les encantaba la saga del rey Alfredo: cómo se vio obligado a ocultarse en las marismas de Adelingi y cómo dejó que unas tortas de pan se quemaran al fuego mientras barruntaba el modo de derrotar a los daneses. Solían sentarse a los pies de su padre, se abrazaban las rodillas y escuchaban, con los ojos abiertos al máximo, el modo en que Alfredo había logrado reunir una gran hueste en secreto y derrotar a los daneses para luego reorganizar el territorio con sus leyes, dividir a los hombres en comarcas y municipios que habrían de durar más de mil años.

Tan solo una pequeña parte de la historia que contaba Wulfnoth podía durar toda una noche, y una sola noche de intensos relatos servía para que la leyenda habitara en sus cabezas durante semanas.

El hecho de que la gran casa en la que vivían hubiera pertenecido a Alfredo, no hacía sino añadir magia a la historia.

—Puede que Alfredo se sentara en esta misma roca —le dijo Godwin a Leofwine junto al arroyo flanqueado de sauces.

Leofwine se puso en pie de un salto.

—¡Yo seré Alfredo —dijo—, y tú serás Guthrum!

—¡No! —dijo Godwin.